

# IRIS

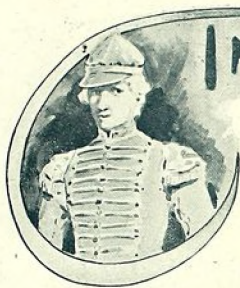


NUM. 165

BARCELONA, 5 JULIO 1902

25 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid



## INCIDENTE DE CAZA

El paje Hernán era el favorito del conde Enriquez, el confidente fiel de sus conquistas amorosas.

El gran señor distinguíale con su afecto, ignorando que la condesa, arrogante mujer de esculturales formas, gustaba más de los galanteos del paje que de las caricias del esposo.

La soberbia castellana, despótica y brutal con sus vasallos, tenía para Hernán delicadezas de mujer enamorada, ternuras infinitas, desbordamientos de pasión originados por el desfreno de una lujuria desmedida.

El poderoso conde vivía confiado, ageno á la sospecha, no pudiendo concebir que en sus dominios hubiera hombre capaz de arrostrar sus iras, ni mucho menos de empañar la honradez acrisolada de su escudo heráldico.

Así las cosas, llegó un día en que palafreneros, monteros y ojeadores, conversaban amigablemente en el anchuroso patio del castillo de Peñafiel, esperando las oportunas órdenes para ponerse en marcha. Enjaezados los caballos, se impacientaban por ejercitar el vigor de sus músculos de acero, relinchando con fuerza y haciendo resonar en las baldosas del pavimento sus herraduras de plata.

La voz del conde puso en movimiento aquel enjambre de fieles servidores. Se tendió el puente, se levantó el rastrillo y salió al campo la vistosa cabalgata.

Empezó la cacería con el mayor entusiasmo.

El jabali era acosado muy de cerca, pero el instinto de conservación, y la maleza del monte, dábanle fuerzas y seguro asilo contra la saña de sus terribles perseguidores.

La condesa, clavando el acicate á su caballo y seguida del paje Hernán, se apartó de los cazadores, que enloquecidos por el afán de cobrar la pieza, no se dieron cuenta de la desaparición de la señora.

La fugitiva, refrenó su caballo sudoroso, y el paje, con oportunidad plausible, llegó á tiempo para tenerla el estribo y recibirla en sus brazos.

Era el sitio á propósito para confidencias de amor.

Verde grama servíale de alfombra, el arbolado protegiales contra miradas indiscretas y el aire oxigenado corría levemente.

Adivinábase el ánsia de placeres en el semblante encendido de la dama; sus labios rojos entreabríanse voluptuosamente como para pedir caricias y el robusto seno se levantaba estremeciéndose al impulso de escondidos deseos.

Brilló un fogonazo, se escuchó una detonación y el paje Hernán cayó con el cráneo destrozado á los pies de la condesa.

La gran señora, con la altanería de una reina ofendida irguió la gentil cabeza, por sus ojos cruzó un relámpago de odio y su divino cuerpo se estremeció en nerviosas y violentas convulsiones.

Ante ella, cejijunto, sombrío, apareció Ruilópez, viejo y leal escudero del conde Enriquez, que un instante después acudía seguido de sus monteros al lugar del trágico suceso.

—Señor,—exclamó el escudero,—la señora condesa fué derribada por su caballo, el paje Hernán volvió





en su socorro, quise también auxiliarla pero tan torpemente que tropecé y caí. Mi mala fortuna hizo que se disparase mi escopeta y ved á Hernán... ¡muerto!

La condesa miró fijamente al escudero, sabía que faltaba á la verdad, pero le dejó mentir para en- cubrir su infamia.

—¡Ha sido una gran desgracia!—murmuró.

Se interrumpió la cacería, se recogió el cadáver y silenciosa y triste la cabalgata regresó al castillo.

Cuando el conde Enriquez estuvo en su aposento hizo llamar á su escudero.

Presentóse Ruilópez tranquilo y grave.

—¿Me llamabais, señor?

—Sí; acércate. Vas á contarme lo ocurrido.



—¿En la cacería?

—En la cacería, sí.

—Señor, no puedo añadir una palabra más á lo que ya sabéis.

—¡Mientes!—dijo el conde sordamente asiendo de un brazo á su escudero.

—¡Señor!—respondió Ruilópez palideciendo.— ¡He dicho la verdad!

—¡Repito que mientes! El relato que has hecho del suceso es una fábula. Yo he visto atados los caballos de Hernán y la condesa...

—¡Señor!

—¡Di la verdad, ó juro á Dios que he de mandar descuartizarte!

Siguió un momento de pausa, espantoso, terrible.

El escudero, con voz trémula y apagada comen- zó á hablar.

—Ha tiempo sospechaba que dentro del castillo había un servidor desleal; procuré confirmar mis sospechas y desde entonces no he vivido en calma un solo día, ni he reposado en mi lecho una sola noche. Se trataba de algo más sagrado que mi vida, de la honra de mi señor.

El escudero y el conde miráronse un momento frente á frente.

El primero continuó:

—Mis dudas se desvanecieron en la cacería de hoy. El paje Hernán y... quien vos sabéis, obede- ciendo sin duda á un plan preconcebido, se aleja- ron del núcleo de cazadores. Yo les ví ultrajar vues- tro nombre; yo les ví... y disparé contra el traidor.

Una palidez cadavérica cubría el semblante del conde Enriquez. Se acercó á su escudero y con voz entrecortada por la emoción preguntó:

—¿Qué más testigos hubo de mi afrenta?

—Señor, yo solo.

—¿Ninguno más?

—¡Ninguno!

—¿Nadie sospecha?

—¡Nadie!

—Está bien; déjame solo.

Retiróse Ruilópez contristado por la profunda herida que acababa de abrir en el corazón de su ama- do señor. Era un servidor leal y las penas del conde Enriquez conceptuábalas como propias.

Quedó el conde abstraído en amargas y profundas reflexiones y largo rato permaneció en su estan- cia meditando acerca del infortunio presente, de la horrible mancha que empañaba el escudo de su bla- son y de los medios para lavar su afrenta.

Al amanecer del siguiente día, los vasallos del conde Enriquez, marqués de Peñafiel, vieron colgan- do de una de las almenas del castillo el cadáver del escudero Ruilópez.

Atribuyóse la muerte á un suicidio.

Solo el conde Enriquez sabía la verdad.

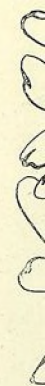
¡No había encontrado otro recurso para lavar la mancha que empañaba el brillo de su escudo herál- dico!

JULIO R. PEDRE



SOBRE EL TABLADO

Ayuntamiento de Madrid



El

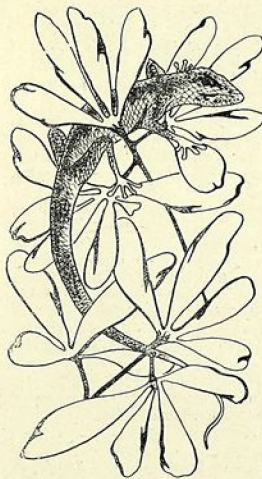
Le  
como  
cuando  
cuando

Ac  
cual  
bias  
azule  
soñad  
poétic  
para  
pas, c  
un ing  
daban  
color

Un  
que se  
les ter  
ojos y  
no po  
res, c  
entre  
la sue  
una m  
no ha  
los má

Per  
su ma  
figura  
lo que





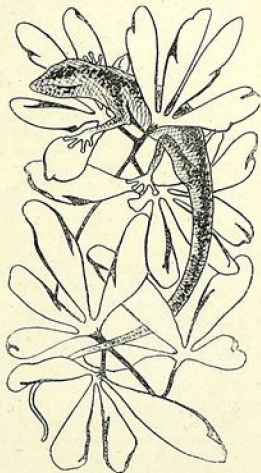
## EL TRAJE DE LA CONDESA

La condesa Hortensia era blanca como la nieve, como el mármol, cuando es blanco, como el papel, cuando no es de color.

Además de blanca, era rubia y cual la inmensa mayoría de las rubias y de las blancas tenía los ojos azules: unos ojos de color de cielo, soñadores, ideales, lánguidamente poéticos, lo que no era obstáculo para que con sobrada frecuencia despidiesen chispas, circunstancia que había dado margen á que un ingenioso concurrente á las reuniones que se daban en casa de los condes calificase el susodicho color de azul eléctrico.

Una mujer de las prendas físicas de Hortensia que sobre blanca y rubia y de hermosos ojos azules tenía el resto de las facciones tan bello como los ojos y era airoso y bien proporcionada y elegante, no podía dejar de tener admiradores y adoradores, casi en tanto número estos como aquellos, pues entre los pícaros hombres en cuyo número tengo la suerte ó la desgracia de contarme, de admirar una mujer á amarla o, por lo menos, á cortejarla, no hay más que un paso menudamente dado por los más menudos pies que imaginarse puedan.

Pero la condesa Hortensia era casada, amaba á su marido y en modo alguno estaba dispuesta á figurar en la lista de las que convierten en terceto lo que no debe ser sino perpetuo dueto, acompañado



ó sin acompañar del correspondiente coro de ángeles.

Cediendo no obstante á una mal entendida exigencia del buen tono, la condesa guardábase de rechazar resuelta y claramente los homenajes que se la tributaban; procuraba dar á entender que á nadie permitiría traspasar ciertos límites y se sentía interiormente halagada de verse objeto de las preferencias de los individuos del sexo feo que á su casa acudían como las moscas al panal de rica miel de que habló el fabulista. Sin duda hubiera valido más que mostrara energía y que desde luego hubiese quitado toda esperanza á sus pretendientes; pero no se puede ser perfecto en este mundo, ni aun reuniendo tantas perfecciones parciales como atesoraba Hortensia.

Siendo, ésta, rubia, nada más natural sino que diera preferencia al color azul para sus trajes y uno de estos acababa de probarse, con visibles muestras de disgusto, pues no le satisfacía la hechura, cuando anunciaron la visita del barón... del barón de lo que ustedes quieran, pues el título importa poco: ello es que se trataba de un barón y que éste figuraba entre sus más asíduos pretendientes.

La condesa hizo un mohín de disgusto, á pesar de lo cual se miró al espejo y dió orden de que pasara el visitante.

Después de los cumplidos de ordenanza, dijo el barón:





—Adorable condesa: conozco demasiado las costumbres de esta casa para no saber que anunciada mi visita, dentro de un instante estará aquí el conde; por lo mismo y siendo preciso que decida usted de mi suerte y que conozca usted hasta que punto es grande la pasión que me inspira y las desgracias de que puede ser causa su crueldad, lo he consignado todo en esta carta que la ruego lea con detención, antes de darme una respuesta definitiva.

Y la presentó una elegante esclava, al mismo tiempo que en el corredor inmediato se oían los pasos del conde que se acercaba.

Hortensia sabía que su esposo, aunque extremadamente bueno, no admitía bromas en cuestiones de honor; temió un conflicto y no se le ocurrió, para evitarlo, otro camino que el de coger la carta y guardársela en el bolsillo del traje que acababa de ponerse y en el que había notado ciertos defectos.

Entró el conde, hablóse de cosas indiferentes, y el barón se marchó, no dudando que en la próxima reunión que debía darse en aquella aristocrática morada sería el más feliz de los mortales.

La reunión susodicha verificóse tres días después y al hacer su entrada en ella el barón parecióle que iban á realizarse sus presentimientos, pues Hortensia al contestar á su saludo, le dijo rápidamente en voz baja:

—Ofrézcame usted el brazo; hemos de hablar.

Poco después ambos se dirigían como paseando á uno de los gabinetes inmediatos al salón y como el barón quisiera iniciar el diálogo con frases apasionadas, replicóle ella secamente:

—¡Me ha comprometido usted y es necesario que procure reparar su falta!

—¿Cómo así, encantadora Hortensia?

—Dejémosos de cumplidos. Yo guardé su carta en el bolsillo del traje que llevaba el día en que usted me la entregó y no volví á acordarme de ella, lo cual me evita contestarla. Soy mujer honrada y por nadie estoy dispuesta á faltar á mi esposo; la mejor prueba de ello estriba en que no volví á acordarme de la carta de usted; pero el mismo día de habérsela admitido para evitar mayores males, como quiera que el vestido que llevaba y donde guardé aquella no me satisfacía, lo regalé á mi doncella sin acordarme de sacar el comprometedor papel.

—Y bien: su doncella de usted...

—Enagénese aquel mismo día el traje á una de esas mujeres que se dedican á la venta de prendas en buen uso, cuyo precio cobran á un tanto semanal y que surten á las personas que tienen más vanidad que recursos. Al acordarme de la malhadada carta, traté de rescatarla, pero fué imposible. La revendedora se había deshecho ya del vestido y precisamente ha ido á comprarlo, ignorando su procedencia. Eladía Gómez, esa solterona envidiosa y murmuradora que está en aquel ángulo de la sala y que sabe Dios el uso que hará del comprometedor papel. Usted que me ha puesto en este conflicto, ha de ver, procediendo como caballero, de que modo me libra de él.

—¡Oh! ¡Yo sabré obligarla á que me devuelva mi carta!—repuso el barón que, en el fondo era todo un caballero.—Esté usted tranquila.

—Poco á poco. Cuando no se ha dado por entendida es que no se le ha ocurrido meter la mano en el bolsillo; sin duda lleva hoy el traje por primera vez.

El barón meditó un momento.

Luego brilló en sus labios una singular sonrisa y exclamó:

—¡Ojalá sea como usted dice, pues esta misma noche volveré á su poder el maldito papel para que lo destruya y recobre la calma! ¡Yo ante todo soy caballero!

—Pero ¿qué intenta usted?

—Va usted á verlo. Volvamos al salón.

Ambos penetraron en este y el barón, dejando á su pareja, á la que hizo un amistoso saludo, dió dos ó tres vueltas y al sonar los primeros acordes de la orquesta que preludiaba un vals dirigióse en derecha á Eladía y la invitó á bailar.

La jamona, pues lo era, que hacía mucho tiempo no se había visto en otra, aceptó con satisfacción y





esta hubo de trocarse en gozo inefable, cuando el barón comenzó á espetarla con ardientes frases, una declaración en toda regla.

—¡Ah! —dijo Eladia.—¡Qué calor tan insoportable! Salgamos de aquí, me sofoco.

Esto era lo que esperaba el barón que había hecho dar cien vueltas á su pareja con la rapidez de una peonza.

Cesó de bailar, ofreció el brazo á Eladia, llevóla al gabinete donde poco antes había estado hablando con la condesa y luego de cerciorarse de que no era visto, exclamó:

—¡Sí ¡divina Eladia! ¡Los encantos de usted me trastornan, me fascinan! ¡Perdone usted el atrevimiento, el amoroso transporte que...

Y sin acabar la frase, con uno de sus brazos oprimió á la solterona contra su pecho, mientras la mano del brazo libre penetraba furtivamente en el bolsillo del traje azul, causa de aquellas peripecias. Allí estaba por fortuna la malhadada carta, cuya presencia no había advertido Eladia y que fue extraída con habilidad digna de un discípulo de Caco.

Logrado su objeto, el barón se separó de su pareja exclamando:

—¡Ah! ¡He sido un miserable! ¡Usted no me perdonará nunca! ¡Nunca!

Eladia le hubiera perdonado de buena gana; pero el barón, fingiendo desconsuelo por su arrebatado, se separó de ella y corrió á tranquilizar á la condesa.

La solterona lo fué todo el resto de su vida; y cuando se hablaba de casamientos, no dejaba de exclamar:

—¡Ah! ¡Yo no me casé porque no quise! Entre otros pretendientes, el barón de\*\*\* llevó en cierta ocasión el arrebatado de su amor hasta un extremo que no puedo recordar sin ruborizarme.

Y suspiraba de una manera tan lastimosa que partía los corazones.

EDUARDO BLASCO

## JOSE PIQUER

Creemos que nuestros lectores verán con gusto las noticias que siguen acerca de este distinguido artista, actualmente aplaudidísimo por el público de la Habana, y que por sus relevantes dotes ha-ce honor á Barcelona, su cuna.

En temprana edad aun, pasó José Piquer á América, para dedicarse al comercio, á cuyo efecto se estableció en Caracas (Venezuela), hasta que sorprendidos sus amigos por la hermosa y potente voz que poseía hubieron de sacar del modesto círculo en que vivía estrechamente á fin de que se dedicara al cultivo de sus peregrinas facultades para el canto.

Corroborada por los maestros la opinión de los admiradores de Piquer asegurándole, con justa razón, que podría ocupar algún día señalado puesto al lado de nuestros artistas líricos de más nota.

Laborioso y entusiasta hasta lo sumo formóse en corto tiempo un repertorio tan nutrido como si

fuera el más veterano y consumado cantante, lo cual le permitió tomar parte en infinitad de obras de todo género en los principales teatros de las repúblicas de Venezuela, Colombia, Argentina, Chile, Perú, Bolivia, Ecuador y finalmente en Puerto Rico y la Habana, donde ha trabajado cuatro años consecutivos.

Cultivador de ambos géneros lo mismo regocija con sus gracias que embelesa con el canto, circunstancia excepcional en nuestros días.

Piquer se embarcó para la Habana á mediados del pasado junio, para cantar de nuevo en Albisu, confortado por las inolvidables muestras de cariño de aquel público. Con todo, Piquer abriga el firme propósito de volver para ser conocido aquí, siendo su más ardiente ambición, como también nuestro ferviente desee, permanecer en esta su patria, que habrá de añadir nuevos lauros á los que tiene recogidos.

A. O.



NOTABLE BARÍTONO DE ZARZUELA

EL MECHON IMPREVISTO. O EFECTOS DE UNA SORDERA, por J. Agudo



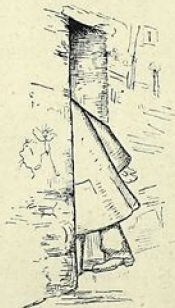
Don Secundino Carota, inofensivo ciudadano, si que también propietario de una sordera desesperante, batallaba cierta mañana con un dolor de muelas de los de mayor cuantía.



Su última resolución fué la de salir á la calle en busca de un específico que calmara los alborotados nervios.



Y ¡oh, felicidad!, á pocos metros de su casa la suerte le deparaba ocasión de adquirir el remedio apetecido, y un tanto más barato que en otros sitios, por cuanto que el depósito se hallaba á la intemperie.



Satisfecho, pues, de la consabida compra, penetró en su casa, dispuesto á proceder á la preparación de los accesorios que necesariamente había de reclamar tan delicada cura.



Para ello introdujose en la cama, y frotándose repetidas veces el carrillo derecho con fe y además con una esponja empapada en el benigno líquido, arrebujóse en la sábana, cerró los párpados, y esperó impaciente la llegada del nuevo día.



Y... ¡oh lamentable equivocación!, el remedio indudablemente era eficaz, pero solo para promover el crecimiento del pelo.





## AMOR

Amor, amor; purísimo y casto sentimiento  
nacido en misteriosa y sorda gestación,  
por hilos que en sublime poético momento  
se cruzan y se encuentran, uniendo el pensamiento,  
para esparcir aromas de vida al corazón.

Allá, en las alboradas risueñas de la vida,  
cubriendo de la cuna el albo rocicler,  
se muestra esplendoroso como ansia conseguida,  
de afanes insoñados, de gloria apetecida,  
con besos y esperanzas de dulce amanecer.

Amor es de las lágrimas la fúlgida esperanza  
que alienta las tristezas del mundo engañador;  
por él á otras regiones el corazón se lanza,  
buscando halagadores efluvios de bonanza,  
y es playa de venturas, y oasis del dolor.

Amor es acicate de eterna poesía;  
despierta con viveza la torpe postración  
del genio, que en perezas letárgico dormía,  
como la voz que Lázaro estremecido oía,  
para surgir á nueva feliz Resurrección.

Semiramis y Nino la dicha conquistaron;  
la lira rompe Safo, en éxtasis de amor;

Á Porcia con Trajano los suyos admiraron;  
Leandro por su Hero, que amores se juraron  
cruzaba el Helesponto en sueño embriagador.

Romeo por Julieta olvida sus rencores  
y en holocausto tierno, su sangre sabe dar;  
al ver á Diego muerto, muere Isabel de amores,  
sufriendo de la muerte los miseros rigores;  
Jimena mueve el brazo de Díaz de Vivar.

Petrarca por su Laura se eleva en raudó vuelo:  
la bella Fornarina inspira á Rafael;  
por Beatriz el Dante internase en el cielo;  
es Eljoisa amante, de su Abelardo anhelo,  
y por Rosaura, Cano maneja su cinel.

Tranquilla va al suplicio la Estrella de Lorena  
venciendo sus anhelos, lo que su dicha fué;  
Teresa la doctora vive constante pena,  
hasta romper el lazo que al mundo la encadena,  
por remontar su vuelo en aras de su fe.

Amor, dice la tierra que el gérmen de la vida  
esconde en sus entrañas, prestándole calor;  
amor canta la ola en calma suspendida,  
de amor inunda el alma Natura adormecida  
amor, repite el eco amor... amor... amor...

RAFAEL FERNÁNDEZ Y ESTEBAN







# AL BAJAR DEL PEDESTAL

Estoy casi seguro, benévolo lector, que en cuanto leas el título que encabeza estas líneas, exclamarás con asombrosa perspicacia «pedestal... pedestal... esto me huele a tancredismo» en lo cual debo decirte que estás equivocado de medio á medio.

No, no voy á distraer tu atención con un relato espeluznante que te eriz: el cabello, sino que lisa y llanamente te voy á contar un caso

que sucedió en un pueblecillo de esos en que el mágico progreso con todas sas maravillas, no ha conseguido abrirse paso. Hé aquí el caso, tal como á mí me lo han contado:

En Villabábara existía hasta hace poco tiempo, colocada en la cúspide de la gótica torre de la iglesia, una estatua de cierto villabábaro célebre de la Edad Media, la cual desde las *asfaltadas* calles del pueblo ofrecía un pintoresco aspecto con su lanza, su adarga, y demás accesorios de los caballeros de aquella edad.

Ella era la única cosa *notable* del pueblo (si se exceptúa el recaudador de contribuciones), así es que aquellos sencillos labriegos la profesaban una especie de culto, descubriéndose al pasar ante ella.

Pero como todo tiene fin en este mundo menos las calamidades, la torre tan airosa y *tiesa* hasta entonces dió en la manía de inclinarse á uno y otro lado según el viento que soplabá; en lo que imitaba inconscientemente á algunos políticos que también se inclinan á una ú otra parte según el sol que más calienta.

La cosa traía tan preocupado á todo el pueblo, que el *benéfico* municipio, reunido en sesión extraordinaria acordó la inmediata demolición de la torre, y la traslación de la estatua al salón principal de la casa ayuntamiento, soberbia ex cuadra donde antes se colocaban holgradamente ocho ó diez caballeros, y ahora otras tantas.. personalidades del pueblo y regidores del mismo.

A los pocos días bajaba la estatua majestuosamente de la torre que durante tanto tiempo le había servido de pedestal, cubierta con una coquetona funda y amarrada á sólidas maromas.

Una vez en este bajo mundo fué llevada triunfalmente á su nueva residencia, rodeada del pueblo en masa, siendo colocada provisionalmente sobre el pupitre del secretario.

Se procedió entonces á desnudarla, ó lo que es igual á despojarla de la égida que durante el trayecto la había protegido contra el polvo, y contra los peligrosos entusiasmos de los villabábaros. Esta operación la llevó á cabo la alcaldesa con gentil donaire y gracia; pero apenas apareció la estatua á los ojos de la concurrencia, un grito de indignación se escapó de todos los pechos. El idolo que durante tantos años había sido reverenciado por los villabábaros, y por otros villanos no menos bárbaros era un esperpento de latón abollado por todas partes, y que carecía de las múltiples bellezas que la grande altura en que antes estaba, y la ceguedad que engendra el cariño les hacían ver en ella.

Y el pueblo, rugiente de ira se quería comer crudo al inofensivo villabábaro en estatua.

Y yo sacando la moraleja del cuentecillo, digo ahora: si todos esos hombres elevados por la ignorancia de las masas, y que nos miran á los demás mortales desde el pedestal de pedantería en que se hallan elevados, descendiesen de él, entonces la multitud podría ver de cerca la podredumbre de esos seres, vistos tope á tope, y se convencería de que lo que á esas alturas parece reluciente oro, suele resultar después abollado latón.

BENITO SÁNCHEZ Y ALONSO

Con e  
los señ  
res el c  
album

El ase  
Carlos B  
Maga  
L. Jacol  
El tes  
venson.  
El cr  
por L. J  
Orso, p  
El Hija  
Para p  
nistraci  
za de Tet

LA BR  
De lo  
si mira  
no pod  
aunque  
me par  
cuando  
cuando

—¿Cóm  
has asist  
—Ya no le  
usando el





# PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 27.º de regalo del album JOYAS DEL ARTE.

## BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromó, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

*El asesinato del Puente Rojo*, por Carlos Barbra.

*Magdalena la Mendiga*, por L. Jacoliot.

*El tesoro del pirata*, por L. Stevenson.

*El crimen del molino de Usor*, por L. Jacoliot.

*Orso*, por Enrique Syenekewicz.

*El Hijo Maldito*, por H. de Balzac.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

## LA BELLEZA, ¿TIENE EXISTENCIA REAL?

De lo que es el corazón si mira ó no con pasión no podrás formarte idea; aunque el mundo no me crea me pareciste, mi Rosa; cuando te quise, ¡qué hermosa! cuando te olvidé, ¡qué fea!

FÉLIX BASANTA

—¿Cómo es que teniendo callos has asistido al mitin?  
—Ya no los tengo; quitémoslos usando el LADIVONSIM.

Es el mundo un manicomio si en él existe algún cuerdo tiene que fingirse loco.

FÉLIX BASANTA

## JEROGLÍFICO

501 TEIH

NOVEJARQUE

DE AYER Á HOY

Ayer dije besando tu retrato: aunque muera, en la tumba, te he de amar, y hoy, rompiéndolo, exclamo en mi arrebatado: aunque muera, en la tumba, te he de odiar.

FÉLIX BASANTA

## CUARTETO SILÁBICO

000	00	00	00
00	**	**	**
00	**	**	**
00	**	**	**

Sustituir los ceros y asteriscos por letras para que se pueda leer en direcciones horizontales y verticales:

1.ª línea.—*Isa de las Antillas Mayores, y la principal de las francesas.*

2.ª—Gran lago del Perú y Bolivia; es el más importante y famoso de esta región.

3.ª—Nombre propio (femenino).

4.ª—Cada uno de los hoyos ó señales que hay en el rostro de una persona.

NOVEJARQUE

Las soluciones en el próximo número

## SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

*Acróstico gráfico.*—

FAROL  
LIRA  
OLLA  
RELOJ  
ESPADA  
NASA  
TABLERO  
INSTRUMENTO  
NIDO  
ARPA

Y el nombre de la joven como indican las iniciales:

FLORENTINA

*Terceto biográfico.*—

(1)	VER	DA	GUER
(2)	DA	GUER	RE
(3)	GUER	RE	R

- (1) Modén Jacinto  
(2) Luis Jacinto Mandé  
(3) Vicente

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

M. E.—Madrid.—Por ahora no nos parece conveniente publicar *diálogos representables*. Hay mucha gente que les tiene horror á las comedias y diálogos impresos, creyendo,—y esta es también mi opinión,—que esas cosas hay que serlas y oírlos, y no leerlos.

R. S.—Valencia.—No queda espacio para publicar más pasatiempos que los que aparecen firmados por el Sr. Novejarque.

R. M.—Madrid.—El cuento que ha enviado está á igual altura de ortografía que de cuento.

F. T.—Palma.—Si todas las poesías que recibiesen fuesen como la que me ha enviado usted con fecha 4 de mayo no sucedería lo que ahora, que se eternizan en la cartera. Allí va:

A MI MUZA

Cuando las abes cantan en la selva olorosa  
yo pienso en la mujer hermosa que me quiere con toda su alma.

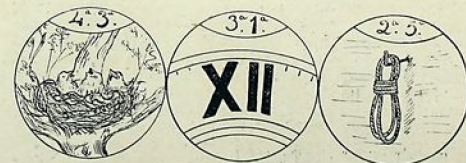
Y recuerdo los días felices en que me desita te amo con pasión. Si quieres niña mía y no lo dices será tuyo; ¡siempre tuyo mi corazón.

J. G. P.—La Unión.—Tenemos tantos sonetos que es imposible aceptar mas.

X. Y. Z.—El cuento último es tan bonito como los anteriores, y por demás está decir que se publicará.

J. M.—Ya comprenderá usted que un romance en su es tan poca cosa que no vale la pena insertarlo. Además, la primera parte resulta un verdadero logogrifo de sentido y de sintaxis.

Fraquito Beaguetz.—Aceptos est Petra-Arca.—Perfectamente.



CHARADA EN ACCION, por Novejarque

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA \* INSERTARSE Ó NO, NO SE DEVUELVE ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL "LA IBERICA", PLAZA DE TETUÁN, 50.-BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

# REPITORIA

RUSIA.



ESCOLTA DEL CZAR: TROMPETA DE COSACOS